

Adviento: Conversión, Esperanza y Alegría en el corazón de la existencia humana

Conversión y Esperanza son dos términos que contienen entre sí todo el sentido, toda la gracia, todo el espíritu del Adviento.

Convertirse es volver todo el ser hacia otra realidad distinta a la que antes de la conversión nos ocupaba. Un ejemplo: he conocido a una persona que me ha cautivado por su hondura humana, por su sencillez, por la hermosura de los valores que encarna y defiende. Me he sentido atraído hacia ella. Me he dado cuenta de lo mucho bueno que a su lado recibo. Pero también que, no puedo conformarme con un trato superficial, una relación sin “compromiso”. Me he dado cuenta de que la necesito y, ella, a su vez, me necesita. Es todo mi ser el que se vuelve hacia ella para seguir siendo con ella y desde ella. No; no es una dependencia, si por tal se entiende una renuncia de mí mismo depositando toda mi responsabilidad en sus manos. ¡Qué va! Es una relación que me hace entrar más y mejor dentro de mí mismo, avivando mi libertad, mi creatividad y mis diversas responsabilidades. Me he vuelto hacia esta persona porque en ella he encontrado la más lúcida llamada que hasta el presente había percibido de lo que es la fidelidad a mi propia e irrepentible persona.

Eso es precisamente una conversión: haberme encontrado con alguien, con algo, que me arranca de mis mentiras existenciales, aquellas que no me permiten saber en profundidad quién soy yo y para qué he venido a este mundo. Cosas que, una vez reconocidas, me resultan irrenunciables.

Adviento es Conversión, porque me pone cara a cara ante el sentido de la vida que Jesús de Nazaret nos aporta. Sentido de la vida que no es sólo ni principalmente rendir culto sagrado a la Divinidad, sino buscar la Voluntad de esa Divinidad para secundarla con todas mis fuerzas. Y descubrir que sólo agrada a Dios como culto religioso el que nos permite encontrarlo en la vida real, en el día a día, en los sucesos individuales y colectivos donde Él nos espera con su Amor, para que nuestras peleas por la vida no las llevemos a cabo como si fuéramos los protagonistas (y responsables) absolutos, ya que Él tiene más interés que todos juntos en que la Vida triunfe sobre la muerte, el Amor sobre todas las formas del odio.

Y así, Adviento es Esperanza. Al volverme con todo mi ser (con mis más ardientes anhelos y mis fuerzas más acrisoladas) a aquel que me trae un sentido para la vida basado en la fe en un Dios que es Amor, que es Padre de Misericordia infinita, y que cuenta conmigo para seguir llevando a cabo en el mundo su obra de Vida en plenitud, ya nunca puedo olvidar que cuanto contiene en sí siquiera un ápice de verdad, bondad y belleza, siquiera un aliento de la universal necesidad de amar y ser amado que subyace en todo cuanto existe, es lugar privilegiado del encuentro con

Dios, y en dicho encuentro, garantía del éxito de toda lucha sincera a favor de la Vida en el Universo.

La Conversión y la Esperanza que sostienen al Adviento nos recuerdan año tras año que ha valido la pena venir a este mundo para “ver” a Dios dentro de él, para llegar a ser “mundanos” en la fuerza de un amor que se sabe la argamasa de la vida en general, pero muy especialmente de la vida humana, la vida entre humanos.

Dios dentro del Mundo. El Mundo como abrazo con Dios. Convertidos al sentido de la vida que nos trae el Verbo Encarnado, vueltos hacia Él con lo mejor de nosotros mismos, aprendemos a sostener en alto las armas de la Paz, la Justicia, la Solidaridad, sin nunca cansarnos, aunque no siempre veamos el resultado favorable de nuestra lucha.

Pero, en abrazo con Dios, que es la Luz de la Vida en su Palabra hecha Carne, Luz que no deja ningún rincón de nuestra realidad humana sin encender con la Alegría de su amor, sentimos cada vez con mayor hondura y claridad (el sentimiento es muchas veces lo que mejor y más ilumina) que, si los que creemos en el Dios de Jesús, arrojamos las armas que defienden el bien común y los derechos inalienables de la persona humana y del medio en que habita (también la Tierra, como morada del hombre, posee su dignidad inalienable -no vendible-), Dios se encontrará *solo*, ¡solo!: crucificado a seguir amando desde su soledad divina.

En cambio -y aquí resuena la gran llamada de cada Adviento-, en cambio, si me vuelvo a la Encarnación de Dios, a Dios presente en toda carne, a Dios que es Amor a la vida real, especialmente a la vida más amenazada, más desposeída, más triste..., crecerá en mí lo mejor de mi propia humanidad, pues desde que Dios se hizo -se hace- Carne, la carne, toda carne, todo proceso de crecimiento en los valores de la vida, es un abrazo con Dios en sí mismo, pues ya no existe para Él distancia ni separación posible entre lo Humano y lo Divino.

Volverse a esa realidad divina nos hace más humanos. Nos llena de Esperanza para no decaer en la lucha, y, ¡nos aporta una fuente permanente de alegría capaz de compaginarse con las mayores tristezas de este mundo!

Conversión y Esperanza son dos términos que encierran en sí todo el Espíritu renovador del tiempo litúrgico de Adviento. Y en la vivencia de ambos, en una sincera Conversión al Verbo Encarnado con toda la Esperanza de plenitud de Vida y Amor que en su revelación se encierra, descubrimos lo hermoso que es ser persona humana, mujer u hombre, que ha encontrado un valor absoluto al que entregarse y en el que se renueva su ser día a día.